

UN PLAN ECONOMICO SOCIALISTA

Por VICTOR MANUEL VILLASEÑOR*

Mi propósito esta noche es el tratar de analizar las bases económicas del socialismo. El tema es amplísimo, y para tratarlo a fondo, se necesitarían volúmenes enteros; por lo tanto, mi conferencia no podrá agotarlo, y en el mejor de los casos, será tan sólo un resumen sucinto.

Al desarrollar una conferencia sobre el plan económico socialista, se impone como condición preliminar el comprender de antemano el significado del término "socialismo" en contraposición con su antítesis "capitalismo". A menos que exista una noción clara y precisa del alcance de ambos términos, nos encontraremos en una verdadera maraña.

Puedo decir que uno de los motivos que hace algunos años me impulsaron a emprender el estudio sistemático del socialismo, como fenómeno mundial, fue la curiosidad. Escuchaba tantas y tan diversas críticas del movimiento, que mi interés necesariamente tuvo que despertarse. Para algunas personas el socialismo implica sangre y dinamita, en tanto que para otras significa un sueño utópico de fraternidad universal; según algunos, el socialismo reduce las aspiraciones humanas a un vil y egoísta materialismo, pues al oír hablar del materialismo histórico, muchas personas, en su ignorancia, confunden la dirección ética que señala los bienes materiales de la vida como único fin deseable, con la interpretación económica de la historia; según otros, por el contrario, el socialismo es un ideal tan impracticable como el del cristianismo; para muchos implica el amor libre en tanto que otros dicen que lleva a cabo la destrucción del amor y le sustituye por el control eugenésico a cargo del Estado; algunos opinan que es la anarquía, la destrucción del Derecho, y para otros entraña un exceso de legislación. No hay, pues, por qué asombrarse de que el socialismo haya despertado tanto interés intelectual. Dinamita y fraternidad, ideal cristiano y burdo materialismo, amor libre y negación de todo amor, supresión de la ley y excesiva

* Conferencia sustentada ante los miembros del Seminario para Obreros, de la Universidad Nacional.

legislación. Todo eso condensado en un concepto. Necesariamente tuve que considerar que su estudio debía ser algo interesante.

Creo que por capitalismo podemos entender la forma de organización económica, política y social dentro de la cual los medios de producción constituyen la propiedad privada de un grupo de individuos o compañías particulares. La dificultad para definir concisamente el socialismo, estriba en que, en tanto que el capitalismo es una institución mundial que lleva largo tiempo de existir, el socialismo, con excepción de algunos experimentos utópicos del siglo pasado y del régimen ruso actual, se encuentra aún en el terreno de la teoría.

Han existido distintas aplicaciones del término socialismo por diferentes escuelas y partidos. Es posible clasificar las distintas tendencias en dos amplias denominaciones: socialismo utópico o sentimental y socialismo científico o marxista. Dentro de la primera clasificación podemos catalogar las distintas utopías formuladas en la antigüedad por Platón y más adelante por Thomas More y Bacon, así como las ideas de Robert Owen, Saint Simon, Fourier y Bellamy, expuestas durante el curso del siglo pasado. Igualmente pueden incluirse dentro del concepto movimientos tales como el socialismo fabiano y el cristiano, que se desarrollaron principalmente en Inglaterra y Alemania. El error común a las distintas utopías consiste en que han tratado de buscar los remedios para las desigualdades humanas por medio de razonamientos abstractos que, en la generalidad de los casos, han conducido a la exposición de fantasías ajenas a toda realidad. En el momento actual y desde un punto de vista práctico, los distintos aspectos del socialismo sentimental no revisten una importancia seria, y por lo tanto, pueden descartarse en el estudio económico del socialismo.

La imponente corriente del socialismo moderno, que se traduce en una acción política definida, es el producto directo de las teorías de Carlos Marx. Esta corriente se bifurca en un delta de dos anchos brazos, el uno se denomina comúnmente socialismo o social democracia, siendo Max Adler, Hilferding y Otto Bauer sus exponentes más connotados en la actualidad. El otro brazo es el comunismo. Ambos tienen un objetivo común, pero difieren en lo que concierne a los medios de llegar a él, pues en tanto que el primero cree en la posibilidad de alcanzarlo a través de un proceso evolutivo, pacífico y democrático, el segundo sostiene la necesidad de recurrir a la revolución mundial.

Las dos tendencias se encuentran divididas fundamental e irreconciliablemente por diferencias respecto a la importantísima cuestión del método y táctica, pero ambas proponen el control de los medios de producción por la colectividad.

Así, pues, en términos generales, puede decirse que el socialismo, independientemente de la táctica, sostiene la necesidad de instituir la propiedad social de la tierra, recursos naturales y medios de explotación, aboliendo, por ende, la posibilidad de que exista una clase que derive sus ingresos de sus títulos de propiedad.

Es indudable que una transformación semejante implica cambios fundamentales en la estructura social y política, pero en la presente conferencia me propongo tan sólo tratar del aspecto económico del problema.

ESTRUCTURA DEL SISTEMA CAPITALISTA

Para poder comprender plenamente la organización económica del estado socialista, es preciso conocer la estructura del régimen capitalista actual, puesto que aquél debe ser el resultado de éste. Trataré, pues, de trazar a grandes rasgos los lineamientos básicos del capitalismo.

El régimen feudal de la Edad Media descansaba fundamentalmente sobre el sistema económico de las pequeñas comunidades campesinas, que se bastaban a sí mismas. La casta combatiente de los nobles protegía a esas comunidades contra ataques extraños y les proporcionaba una cohesión política; pero con el desarrollo de las ciudades surgieron los artesanos y se desarrolló el comercio nacional, primero, y el internacional después. Así nació la burguesía urbana, que a fines de la Edad Media desempeñaba ya una función importante en la sociedad feudal. Después del descubrimiento del Nuevo Mundo la burguesía encontró un campo más amplio para sus actividades.

En los tiempos primitivos de la Edad Media, la riqueza era exclusivamente territorial, por lo cual la clase económica dominante era la nobleza que detentaba la propiedad territorial juntamente con la Iglesia. En los siglos XIII y XIV principió a variar ese estado de cosas, y para fines del siglo XVII, el poder económico se encontraba ya en manos de la burguesía, en tanto que el poder político continuaba concentrado en los reyes y la aristocracia. Paulatinamente en Inglaterra y violentamente en Francia, la burguesía conquistó el poder político, convirtiéndose en la clase dominante en ambas esferas.

Según los principios filosóficos que inspiraron la Revolución Francesa, todos los hombres, por su propia naturaleza, son libres e iguales. Al aplicarse ese postulado, quedaron abolidos los privilegios de casta y las desigualdades jurídicas; pero los privilegios de la nobleza no constituían las únicas desigualdades sociales. Existía una

más honda, encubierta tras los flagrantes abusos de los privilegios de la aristocracia, que consistía en las desigualdades económicas.

Ya en 1821, el conde de Saint Simon decía que se atribuye demasiada importancia a las formas de gobierno, pues la ley que determina la estructura o funciones de éste, tiene menor importancia para la felicidad de los pueblos que aquella que determina el derecho, y el ejercicio del derecho, de propiedad.

La Revolución Industrial de fines del siglo XVIII, con el invento de los medios mecánicos de producción, destruyó el sistema antiguo que existía a base de la pequeña industria doméstica. Los artesanos ricos ampliaron sus talleres, adquirieron máquinas y nació la fábrica, con la cual los artesanos pobres no pudieron competir. El principio individualista político y social de la libertad encontraba su paralelo en las teorías económicas de la época y la escuela manchesteriana lo consagró en el postulado de "laissez faire".

Entre las nacientes industrias se inició una competencia a muerte. Aquel industrial o empresario que se encontraba en mejores condiciones instalaba en su fábrica mejores máquinas, lo cual lo colocaba en una situación de superioridad frente a sus competidores. Esa lucha arruinó al artesano y se impuso el florecimiento de la gran industria. El fuerte capital individual destrozó a los pequeños productores y no quedó más solución para los artesanos y pequeños industriales, que convertirse en campesinos al servicio de los terratenientes o ingresar a las nuevas fábricas como obreros asalariados.

El proceso condujo necesariamente a un doble resultado: la concentración de la riqueza en manos de los pocos y el aumento siempre creciente de la masa asalariada, intensificándose el malestar del proletariado en la misma proporción en que aumentaba esa concentración. Al heredar los hijos de los ricos la riqueza y los hijos de los pobres la pobreza, se encuentran frente a frente dos clases completamente desiguales y antagónicas.

Bien es cierto que el Estado demócrata consagra la igualdad, pero esa igualdad es aquella a la que se refería Anatole France al decir sarcásticamente que "la ley, en su majestuosa igualdad, prohíbe al rico y al pobre dormir bajo los puentes del Sena".

La necesidad obliga a los pobres a asalariarse, a vender su fuerza-trabajo con el objeto de producir la mercancía que da margen a una ganancia mayor al capitalista, quien no se preocupa de proporcionar trabajo a todos los necesitados, sino de sacar el mayor provecho posible. El obrero, por medio de su trabajo, produce no solamente lo necesario para subsistir, sino también crea los ingresos de la clase dominante, esto es, la plus valía.

Más adelante, en el proceso, surgieron las sociedades anónimas,

pues el desenvolvimiento industrial de los distintos países creó necesidades imposibles de satisfacer por medio del capital individual. Mediante las múltiples cantidades aportadas a esas sociedades, se formó el gran capital social. Más aún, después de las sociedades anónimas surgieron los "trusts" y monopolios, que significan la unión de distintas sociedades anónimas, o lo que es lo mismo, la asociación de grandes capitales con el fin de controlar una o más de las industrias en uno o más países.

Ya para fines del siglo pasado la libre competencia individualista, preconizada por la escuela manchesteriana y considerada por sus exponentes máximos como una "ley de la naturaleza", había sido eliminada por la producción en grande escala, que dió lugar al predominio de los grandes monopolios.

Esa faz moderna del capitalismo, que, en el dominio internacional, se inició a principios de este siglo con la lucha entre los grandes "trusts" de distintas nacionalidades, ha sido designada con el término de "imperialismo financiero". La concurrencia dentro de este sistema ha aumentado en intensidad, pues en tanto que antiguamente la competencia se desarrollaba entre numerosos individuos y pequeñas empresas, actualmente son las gigantescas combinaciones capitalistas las que combaten entre sí, y esa lucha se desarrolla en el mundo entero.

Con respecto a la acción que desempeñan esos "trusts" o monopolios, puede estudiarse el asunto desde el punto de vista interno de cada país y bajo el aspecto internacional. En cuanto a la acción interna, creo que un ejemplo hablará más elocuentemente de lo que yo puedo hacerlo. Me voy a permitir leer un informe redactado en 1929 por el gobernador del Estado de Pennsylvania, Gifford Pinchot, que se titula "El Monopolio de la Fuerza Eléctrica, su Estructura y Amenaza":

"Como resultado de estudios e investigaciones, puede afirmarse que existe un movimiento organizado, persistente y en constante aumento, que tiene por objeto lograr el monopolio absoluto de la energía eléctrica del país.

"Existe ya un monopolio de la fuerza eléctrica.

"Existe un monopolio de la energía eléctrica, organizado y financiado, no para proporcionar un servicio público eficiente y módico, sino para la explotación despiadada, continua y sin freno o control efectivo de parte del Gobierno.

"No debemos sorprendernos de que las autoridades federales y de los Estados se hallen maniatadas ante ese gigantesco monopolio, puesto que a su lado, como su fiador, protector y amo, se en-

cuentra el poder concentrado del dinero de los Estados Unidos, que constituye actualmente el poder dominante del mundo.

“El monopolio ha sido creado por la inflación financiera.

“La inflación financiera se ha logrado por medio de la coacción.

“La inflación y la coacción se han realizado por medio del control de las inversiones del público, lo cual se ha logrado inscribiendo en una lista negra a aquellas casas que negocian en inversiones y que se niegan a vender al público los bonos y acciones inflados del monopolio.

“Habiendo vendido sus acciones y bonos inflados al público americano, el monopolio se escuda tras éste para protegerse de la ley, en la misma forma en que los más despreciables elementos del crimen se protegen de los disparos de la policía con los cuerpos de sus propias víctimas.

“Las declaraciones rendidas ante la Comisión Federal de Comercio han demostrado que el monopolio tiene a sueldo reporteros de periódicos, editores, profesores, gobernadores, ex gobernadores, ex senadores y hasta un embajador.

“Jamás en la historia de América ha existido un complot semejante para corromper las fuentes de educación e información públicas.

“Hemos visto al monopolio crear gobiernos en los Estados. Lo hemos visto dominar a las asambleas de los Estados. Lo hemos visto corromper elecciones con insolente arrogancia, tratando de comprar una curul en el Senado y tratando de obligar al Senado de los Estados Unidos a entregar esa curul comprada.

“Lo hemos visto dominar la voluntad del pueblo por medio de su control sobre el Congreso. Hemos sentido la aplicación de su fuerza social, de su fuerza financiera y de su fuerza política. Tenemos pruebas irrefutables en el sentido de que sus bancos y sus políticos están esforzándose nada menos que por obtener la dictadura de la fuerza eléctrica sobre toda la nación.”

No olviden ustedes que lo que acabo de leer no es la opinión de un socialista, sino el informe del gobernador de Pennsylvania, fundado en documentos oficiales.

Con respecto a la acción internacional de los monopolios, hasta los niños de pecho saben ahora que la guerra europea fué tan sólo el resultado de las luchas entre los grandes intereses capitalistas. El desarrollo técnico determinó un exceso de producción sobre el consumo local de los países industriales, y ese exceso, naturalmente, se encauza hacia los países carentes de industria, los que, por lo general, son ricos en materias primas. Las grandes potencias han luchado por controlar aquellos países que pueden absorber su produc-

ción y servir al mismo tiempo para colocar sus capitales. Esta es, en suma, la lucha por el control de los mercados y fué ese imperialismo financiero el que condujo a la guerra de 1914.

La guerra y los años inmediatos han provocado la contradicción máxima del capitalismo, y la crisis actual ha sido su manifestación directa. Esta crisis, que ofrece el espectáculo monstruosamente absurdo de más de treinta millones de familias obreras sin pan, en tanto que las máquinas se hallan paralizadas y la materia prima se encuentra amontonada en los depósitos o es arrojada al mar.

Durante la conflagración mundial surgieron muchas nuevas industrias bajo la presión de las necesidades del momento, y, además, la técnica industrial progresó enormemente, al grado que en 1928 el New York Times expresaba que, con excepción de la época en que se creó la máquina de vapor, ninguna otra, como la actual, había presenciado una revolución semejante en la industria.

Ese perfeccionamiento técnico y la racionalización del trabajo, que consiste en elevar la producción individual, ahorrando al obrero el gasto de energía improductiva, constituyen dos factores que necesariamente, dentro del sistema actual, eliminan una cantidad considerable de fuerzas de trabajo en el proceso de la producción.

En el período de 1918 a 1925, se observó una disminución de las fuerzas humanas de trabajo de un 7%, en tanto que la producción aumentó un 20% y el rendimiento por obrero un 29%. El resultado fué un paro forzoso y permanente.

Los diferentes estados capitalistas han tratado de proteger sus industrias por medio de enormes barreras arancelarias; las convulsiones de países explotados, como India y China, han debilitado la fuerza comercial del imperialismo; el paro ha disminuído la capacidad adquisitiva de las masas y, naturalmente, el volumen del comercio nacional e internacional ha descendido en relación con el aumento de la producción.

El mercado mundial se ha saturado de mercancías que no encuentran salida e ineludiblemente ha sobrevenido la paralización parcial de todas las fábricas y la quiebra de muchas de ellas, con el consiguiente aumento de obreros arrojados a las calles.

Ya hace mucho tiempo que Carlos Marx expresó que la causa fundamental de todas las crisis es, en fin de cuentas, la pobreza y el bajo consumo de las masas frente a la tendencia de la producción capitalista a desarrollar las fuerzas productoras como si únicamente la capacidad absoluta de consumo de la sociedad fuese el límite. La crisis actual tiene fundamentalmente por causa el que la producción haya rebasado los límites que impone el mercado capitalista.

Con anterioridad a la crisis la Comisión Hoover, integrada por prominentes economistas norteamericanos y a cuyo frente se encontraba el actual Presidente antes de ser electo, refiriéndose al desarrollo del capitalismo, expresaba en un estudio que veía todo de color de rosa:

“En la medida en que la demanda de mercancías y servicios es de hecho insaciable y no puede, al parecer, colmarse, la producción tiene un margen ilimitado de desarrollo.”

En efecto, la capacidad absoluta de consumo de la sociedad es amplísima, pero bajo el capitalismo la producción no se encuentra organizada para la satisfacción inmediata de las necesidades, sino para la acumulación de ganancias individuales, y el exceso y abarrotamiento de mercancías que no encuentran salida, resulta de no poder venderse a precios que dejen al productor el margen normal de ganancias. Es lo que Engels llamó la contradicción entre la producción social y la apropiación capitalista.

LA PROSPERIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS

El formidable desarrollo de los Estados Unidos durante los años de 1924 a 1929, creó la ficción de que ese país había ya alcanzado una prosperidad inconmovible y definitiva. Se señalaba a Estados Unidos como el resultado supremo de las eficiencias del régimen capitalista. El profesor de la Universidad de Harvard, Thomas Carver, llegó a asegurar que faltaba poco para la realización de la igualdad entre capitalistas y trabajadores, en virtud de que las acciones de las empresas industriales se encontraban en proceso de pasar a manos de los trabajadores, y el Presidente Hoover llegó hasta asegurar que la pobreza desaparecería definitivamente de los Estados Unidos durante su permanencia en la Casa Blanca.

El espejismo de esa prosperidad ocultaba los pies de arcilla sobre los cuales descansaba el coloso, pero la crisis actual se ha encargado de destruir el espejismo. Sin embargo, ya desde antes, algunos observadores perspicaces preveían el derrumbamiento de la ficción.

En la obra de Lutkens titulada “El Estado y la Sociedad en Norteamérica”, publicada en julio de 1929, se sostenía que el auge norteamericano, independientemente del importante factor que constituye la gran riqueza natural del país, existía a expensas de la agricultura y de un gran sector de la población que se encontraba definitiva y permanentemente excluido de la prosperidad. Ese sector se encontraba integrado fundamentalmente por los millones de negros y extranjeros despreciados socialmente por el resto de los trabajadores, que trataban de llevar un plan de vida aburguesado.

Estudiemos algunos datos que demuestran la ficción de la prosperidad norteamericana. Al examinar la distribución de la riqueza con posterioridad a la guerra, aparece que un uno por ciento de la población percibía el veinte por ciento de los ingresos sociales, en tanto que más de un veinticinco por ciento percibía tan sólo el tres y medio por ciento de esos ingresos.

Durante la última década varias organizaciones científicas, oficiales y particulares trataron de determinar los ingresos mínimos necesarios para la subsistencia de una familia en los Estados Unidos. Tomando en cuenta el promedio de los resultados obtenidos por esos estudios, puede fijarse ese mínimo dentro de un margen de mil ochocientos veinte dólares a dos mil ochenta dólares anuales. Precisa tener en cuenta que el costo de vida es en general más elevado en los Estados Unidos que en México o en los países europeos.

Pues bien, el estudio de la tabla de salarios preparada por el Consejo de la Conferencia Nacional Industrial, permite asegurar que ni en el período de la prosperidad llegó el promedio de ingresos de los obreros empleados en las industrias manufactureras al mínimo fijado. En 1928, el año máximo del auge, el promedio de esos ingresos fué de quinientos dólares menos del mínimo.

He dicho que el profesor Carver aseguró que los obreros rápidamente se estaban convirtiendo en propietarios de las acciones de las compañías industriales. Es cierto que se desarrolló una intensa campaña con el objeto de inducir a los obreros a adquirir acciones, siendo éste realmente un cómodo medio de las empresas para aprovechar los ahorros de sus trabajadores, pero en realidad, y a pesar de esa campaña, según los informes publicados por el referido Consejo de la Conferencia Nacional Industrial, en pleno período de bonanza solamente el 4% de los trabajadores había logrado adquirir acciones y esas acciones representaban el 1% del valor de la totalidad de acciones existentes en el mercado.

De esos datos aparece como evidente que ya se encontraban los obreros a punto de convertirse en propietarios de las industrias cuando sobrevino la crisis. Solamente faltaba que el 96% de ellos comprase acciones y que adquiriese el 99% restante de las acciones existentes en el mercado, pero el profesor Carver no consideró necesario tomar en cuenta un porcentaje tan insignificante al hacer sus pronósticos.

Naturalmente, la sobreproducción fué la causa determinante de la crisis en los Estados Unidos, pues aprovechando el incremento de los sistemas de crédito de que disfrutaban los consumidores, se aumentó fabulosamente la producción.

El economista alemán Bonn expresa que el sentido y la importancia de la crisis en los Estados Unidos consiste en que no se hallan

hoy en tela de juicio únicamente la actual dirección económica americana o su política económica predominante, sino el régimen capitalista como tal, pues millares de personas se preguntan si todavía tiene algún título ese régimen cuando en el país más rico del mundo le ha sido imposible crear un orden que garantice a una población relativamente poco densa y laboriosa, un medio de vida que corresponda a las necesidades desarrolladas por la técnica moderna.

EL SOCIALISMO COMO RESULTADO DEL CAPITALISMO

Sin embargo, sería un error el considerar que el capitalismo ha sido perjudicial para la humanidad. El sistema ha sido el resultado de un largo proceso en la evolución histórica dentro de la cual el sistema ha desempeñado un papel sencillamente revolucionario. Sería difícil hacer una apología mayor del capitalismo que la que se encuentra en el Manifiesto Comunista de Marx y Engels.

Ellos reconocieron todas las ventajas que el dinamismo del sistema capitalista ha aportado en el desarrollo de la civilización. Ha perfeccionado los medios de producción en forma prodigiosa, ha internacionalizado la vida de manera definitiva y ha contribuido a la formación de un espíritu universal, gracias al desarrollo del mercado mundial y al adelanto en los medios de comunicación y transporte; ha creado y fortalecido la unión de la clase obrera, ha formado la conciencia de clase del proletariado y, por último, ha logrado realizar la concentración de la riqueza, preparando así el terreno para la instauración del régimen socialista.

¿Cuál es el proceso que necesariamente conduce del régimen capitalista a la organización socialista?

En el desenvolvimiento de la sociedad humana aparecen constantemente dos clases rigurosamente delimitadas. La una, que vive sin trabajar y disfrutando de los mayores placeres que puede proporcionar la vida, y la otra, predestinada a laborar incesantemente para apenas subsistir en forma miserable. Naturalmente que existen matices intermedios, pero a través de la historia, la existencia de esas dos clases ha caracterizado las distintas organizaciones sociales. El problema que se plantea consiste en determinar si tal situación es un resultado de causas inherentes a la naturaleza del ser humano, o bien si es el producto de factores históricos cuya desaparición puede lograrse en una etapa ulterior de la evolución. De sustentar la primera creencia resulta la actitud del doctor Pangloss de Voltaire, quien creía que se encontraba en el mejor posible de los mundos. En todas las épocas se han encontrado doctores Pangloss; poco tiempo antes de la crisis tuve oportunidad de leer un artículo del periodista norteameri-

cano Arthur Brisbane, quien aseguraba que en los Estados Unidos se había alcanzado la máxima felicidad humana.

Los socialistas, por el contrario, creemos que la división fundamental de la humanidad en dos castas es la consecuencia de causas históricas destinadas a desaparecer evolutivamente, y no de los defectos o cualidades congénitos a la naturaleza humana.

Tal actitud es la que fundamentalmente distingue al socialista científico del utópico. Este último no ha sido, en suma, más que un grito de indignación y rebeldía de idealistas irritados ante las iniquidades sociales de quienes han formulado sistemas proyectados de acuerdo con su concepción de la justicia, para ser implantados artificialmente, sin tener en cuenta el proceso evolutivo de la humanidad. Carlos Marx fué el primero en descubrir la causa fundamental de las transformaciones sociales, al formular la interpretación económica de la historia. Federico Engels, en su prólogo a la edición alemana de 1883 del Manifiesto Comunista, condensó la idea fundamental del marxismo al expresar que:

“El régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva, necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época, y por tanto, toda la historia de la sociedad—una vez disuelto el primitivo régimen de comunidad del suelo—es una historia de lucha de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, a tono con las diferentes fases del proceso social, hasta llegar a la fase presente, en que la clase explotada y oprimida—el proletariado—no puede ya emanciparse de la clase que la explota y oprime—la burguesía—sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y las luchas de clases.”

Por lo tanto, según la teoría marxista, el conjunto de las relaciones de producción humana, constituye la base de la estructura económica de la sociedad sobre la cual se erige una superestructura social, política y jurídica. En determinado momento del desarrollo de esas relaciones económicas, las fuerzas de producción llegan a encontrarse en contradicción con la organización de la propiedad dentro de la cual esas fuerzas habían actuado, y la organización se convierte en obstáculo para el desenvolvimiento de éstas, lo cual necesariamente corroe la superestructura existente, que, sin embargo, lleva ya en las entrañas el germen de la nueva organización social que ha de sustituirla.

Así fué como la sociedad capitalista fué el resultado del parto mortal de la sociedad feudal. La superestructura monárquico-feudal entró en descomposición tan luego como en la evolución de su economía nació la clase burguesa y se derrumbó totalmente cuando no armonizó ya con las nuevas relaciones económicas.

Tan vertiginoso ha sido el desarrollo material durante los últimos ciento cincuenta años, que la superestructura actual, creada a principios del capitalismo moderno sobre la base del individualismo, no concuerda ya con las relaciones económicas existentes, puesto que la producción no es ya individual, sino realmente social. Nos encontramos, pues, ante la contradicción de que los medios de producción e intercambio en un sistema de producción social constituyen aún propiedad privada.

El socialismo moderno no es más que el resultado ineludible de esa contradicción material.

Hasta ahora la división de la sociedad en clases había sido una necesidad histórica ocasionada por el desconocimiento de las fuerzas naturales. A través de innumerables generaciones, el trabajo de la sociedad produjo tan sólo lo indispensable para satisfacer las más elementales necesidades de la población, de la cual, lentamente, surgió una pequeña minoría encargada de la dirección social. Recordemos que algunos filósofos de la antigüedad sostenían que la esclavitud era necesaria para eximir del trabajo manual a la clase superior y permitirle dedicarse al estudio de las ciencias y de las artes.

Así, pues, la división en clases surgió de la insuficiencia de la producción; pero el socialismo sostiene que en la actualidad y en virtud del perfeccionamiento técnico de la producción, la división de clases resulta un anacronismo, y el predominio de una de ellas, un obstáculo para el progreso, por lo que se considera necesaria la apropiación social de los medios de producción; la sustitución de la anarquía actual por la organización sistemática y consciente y la supresión de la explotación del hombre por el hombre.

El capitalismo ha desempeñado su misión histórica, pues actualmente la burguesía no puede ya controlar las fuerzas que ella misma dió a luz. Los moldes del capitalismo son demasiado estrechos para permitir el libre curso de la creciente producción. La organización ha caducado y se ha convertido en un obstáculo para el libre desenvolvimiento de las fuerzas productoras.

No es suficiente ya la racionalización del trabajo, ni el progreso técnico, ni el perfeccionamiento administrativo aplicado a las empresas o fábricas aisladas. Esos adelantos tropiezan con el conjunto de limitaciones que impone el orden capitalista y principalmente con la anarquía que resulta del hecho de que el funcionamiento del aparato de producción no se encuentre regulado por un plan social científicamente delineado, sino que responde al afán de lucro de un grupo de individuos, a su beneficio y a su arbitrariedad.

La burguesía ha cavado su propia fosa, y el progreso económico del mundo exige ya la nacionalización del aparato social de producción.

Son dos las objeciones más serias que se hacen al socialismo desde un punto de vista económico.

Una de ellas consiste en que la burocracia gubernamental dirigiría la producción con menos eficiencia que la empresa privada, puesto que ésta se encuentra estimulada por su propio interés. Ese argumento podía haberse aducido con visos de seriedad hace cien años, pero no actualmente. Antes el pequeño empresario se encargaba personalmente de la dirección de su fábrica; en la época presente, con el desarrollo de las grandes sociedades anónimas y de los monopolios, la propiedad se encuentra desligada de la dirección de la producción. Las funciones de dirección se encuentran confiadas a empleados, expertos y técnicos, ajenos a la propiedad que administran. Existe ya una enorme burocracia industrial y no hay razón para suponer que trabajaría menos eficientemente al servicio de la colectividad que encontrándose a sueldo de una empresa capitalista.

Como segundo argumento fundamental esgrimido contra el socialismo, se dice que su implantación mataría el incentivo fundamental del trabajo, que es la ganancia. Es realmente curioso que aquellos desinteresados idealistas que critican al socialismo por pretender implantar un materialismo grosero, son precisamente quienes sostienen el refrán de "tanto tienes, tanto vales", como motivo propulsor en el progreso de la humanidad. Critican la teoría del materialismo histórico confundiéndola con el materialismo como dirección ética y son ellos los que se constituyen en paladines de esta moral al sostener que los hombres sólo pueden trabajar para satisfacer apetitos y deseos de carácter material y no creen en la fuerza de un ideal.

Además, esos señores se olvidan de que dentro del sistema capitalista la inmensa mayoría de los trabajadores manuales ni siquiera sueñan en acumular una fortuna cuantiosa, pues sus salarios, muy inferiores al producto de su trabajo, les permiten tan sólo vivir pobremente.

En cuanto a lo que se refiere al trabajador intelectual, es indudable que existen motivos distintos de la ganancia material para impulsarlo a prestar a la comunidad todos sus esfuerzos. Como dijese Lord Haldane:

"El deseo de distinguirse en el servicio del Estado es un motivo tan poderoso para el obrero intelectual como el deseo de reunir una fortuna. Si piensa que logrará destacarse en el seno de la comunidad con motivo de su exaltado espíritu cívico y de la devoción a su deber, ese espíritu y esa devoción le incitarán a hacer alguna cosa; no existirá sacrificio de que no sea capaz, que no pueda traducirse en hechos."

Reorganizada la sociedad en forma de que el pensamiento y la inquietud humanos se encaucen hacia nuevas orientaciones distintas

del "tanto tienes, tanto vales", es indudable que el espíritu de lucro podrá ser sustituido en gran parte por otro aliciente de carácter superior, y eso en lo que se refiere a la mayoría de la población, pues no hay que olvidar que a través de la historia los esfuerzos de los verdaderos directores de la humanidad no han sido inspirados en el deseo de acumular fortunas.

Sin embargo, es una burda mentira la que se aduce al sostener que la instauración del socialismo implica un tosco igualitarismo y la supresión de todo incentivo material. Es necesario recordar que, según la teoría marxista, para llegar al verdadero régimen comunista es preciso pasar primero por la etapa del Estado socialista. Puesto que el sistema comunista, en el sentido marxista, aun ni se perfila en el horizonte del futuro, sería pérdida de tiempo el referirse a su organización. Es de mayor importancia referirnos a la primera fase, que es la que debe resultar del régimen capitalista.

Esa primera etapa no pretende realizar la igualdad absoluta. Lo que pretende es realizar la supresión de la explotación del hombre por el hombre, al abolir el Estado socialista la propiedad particular de los medios de producción. La nivelación absoluta es extraña a esa primera etapa dentro de la cual el trabajador recibe individualmente el equivalente de lo que ha aportado a la sociedad por medio de su esfuerzo. Subsistirán, por lo tanto, las diferencias entre el trabajo especializado y el no especializado, pero disminuyendo la diferencia abismal que actualmente existe entre la remuneración del trabajo intelectual y el manual y tratando de ofrecer a todos la misma oportunidad en la vida, sin distinciones de filiación y herencia.

También es un error el creer que dentro de la organización socialista el trabajador vaya a recibir el producto íntegro de su esfuerzo. Del producto del trabajo de la comunidad será preciso deducir lo suficiente para reemplazar los medios de producción desgastados; una fracción suplementaria para aumentar la producción y un fondo de reserva en previsión de perturbaciones causadas por fenómenos naturales.

Del resto del producto total destinado al consumo será necesario deducir, además, los gastos generales de la producción, los que inevitablemente serán menores que dentro de la organización capitalista; la parte destinada a satisfacer las necesidades colectivas, y por último, el fondo necesario para el sostenimiento de los inútiles para el trabajo, que actualmente dependen en tan grande escala de la caridad pública. Del total sobrante el trabajador recibe individualmente el equivalente exacto de lo que ha dado a la sociedad.

LA ORGANIZACION ECONOMICA DE RUSIA

He tratado de bosquejar, aun cuando necesariamente en forma muy superficial, las bases de la estructura capitalista, haciendo somera referencia a la situación existente en los Estados Unidos, con anterioridad a la crisis, como ejemplo de país capitalista, y he tratado de exponer un resumen de cuál es en teoría el plan fundamental económico del socialismo.

Hasta hace quince años todavía podía sostenerse que la aplicación del socialismo era un ideal irrealizable; podía considerársele absurdo y quimérico, pero actualmente ya no es permitido adoptar semejante actitud. Hoy se podrá discutir si el socialismo es bueno o malo, pero no se puede alegar que es irrealizable.

Nuestra ojeada a vuelo de pájaro resultaría incompleta si no la terminásemos con un examen esquemático de la forma en que se ha desarrollado la aplicación de las teorías socialistas en el único país en que, hasta ahora, se ha instaurado ese régimen: Rusia.

Siendo uno de los argumentos teóricos más poderosos en favor del socialismo la posibilidad de organizar la vida económica de un país bajo un plan científicamente delineado, es natural que el Gobierno Soviet hubiese tratado de llevar a la práctica las teorías que hasta anteriormente habían sido tan sólo objeto de especulación. Sin embargo, puede decirse que solamente a partir de la inauguración del Plan Quinquenal en 1928, el elemento de planificación ha logrado dominar todos los aspectos de la vida económica de Rusia.

Para aquellos de nosotros que tratamos de hacer un estudio serio y desapasionado del socialismo como fenómeno mundial, existe un notable contraste en lo que se refiere a nuestras posibilidades para conocer al aspecto teórico y el práctico del movimiento. La mayor parte de lo escrito con respecto al primero nos es fácilmente accesible, pues en cualquier librería nos es posible encontrar las obras básicas, como *El Capital*, de Carlos Marx; el *Manifiesto Comunista*; el *Anti-Dhuring*, de Engels, los trabajos de Plejanov, Bernstein, Kautsky, Lenin, Bujarin, Adler y demás; las discrepancias que entre esas obras puedan existir son de carácter puramente doctrinal, y a través de ellas se pueden conocer las distintas tendencias. Por el contrario, en lo que se refiere al estudio del funcionamiento del régimen ruso, nos encontramos ante verdaderas montañas de literatura, que si el lector trata de escalar, tropieza ante la dificultad de hilvanar la multitud de datos, informes y opiniones contradictorias que contienen esas obras. Algunas de ellas son franca e irreconciliablemente hostiles al régimen soviet. No ha mucho que alguna persona caritativa, queriendo apartarme del camino del infierno, me remitió por correo, guardando el incógnito, un pasquín titulado "Autorretrato del co-

munismo", según el cual la Rusia actual es la negación de la ciencia, del arte y de la moral. En ese folleto el Gobierno ruso aparece como habiendo nacionalizado a las mujeres y habiéndolas convertido en simples máquinas de reproducción. No entiendo cómo es posible que todavía existan personas cultas que crean en esas necedades, cuando hasta el Departamento de Estado de los Estados Unidos desde 1919, negó públicamente semejante patraña. Esas personas ignoran que el socialismo sostiene que es imposible la existencia de la justicia en tanto que exista la esclavitud de una clase, bien sea por razones de propiedad o de sexo, y por lo tanto, trata de elevar a la mujer a la condición de dignidad humana, que le ha sido negada a través de tantos siglos por el régimen de propiedad y con el apoyo de la Iglesia. No fueron Marx ni Engels sino los padres de la Iglesia quienes dijeron que la mujer es la puerta del infierno y la causa de todos los males de la humanidad, con motivo de haber seducido a Adán, por lo cual debería encontrarse sometida al hombre.

Existen otras obras que constituyen un verdadero hosanna entonado a lo que, según sus autores, constituye un verdadero paraíso terrenal. Estos dos tipos de libros son francamente de propaganda, pues indudablemente que Rusia actualmente no es ni paraíso ni infierno. Existen otras obras escritas puramente por motivos mercantilistas y muchas veces por personas que ni siquiera han pisado Rusia. Por último, existe un grupo de trabajos verdaderamente científicos. La dificultad estriba en encontrarlos.

Por mi parte, en el estudio de tan interesante experimento he tratado de seleccionar los trabajos de aquellos autores cuyas personalidades me han parecido una garantía de seriedad. Desgraciadamente, la mayor parte de los estudios que he consultado no se encuentran ni escritos ni traducidos al castellano.

Citaré algunas de las obras y autores que han constituido la base de mis estudios sobre el ensayo ruso, con el fin de demostrar la bondad de las fuentes a que he recurrido:

"The Challenge of Russia", de Sherwood Eddy, profesor de la Universidad de Wisconsin, quien ha hecho seis viajes al país de los soviets.

"Economic Life of Soviet Russia", de Calvin Hoover, profesor de Economía en la Universidad de Duke y enviado a Rusia en representación del Consejo de Investigaciones de Ciencias Sociales de los Estados Unidos.

"Soviet Russia", de William Chamberlain, corresponsal en Moscú del Christian Science Monitor.

"Industry and the Gosplan", por el eminente economista Stuart

Chase, enviado a Rusia como representante del Consejo Técnico de los Sindicatos Norteamericanos.

"Labor Legislation & Social Insurance", de Paul Douglas, profesor de Relaciones Industriales en la Universidad de Chicago.

Además, las informaciones y artículos que publica el New York Times remitidos por Walter Duranty, su corresponsal en Moscú desde hace trece años; los estudios de Louis Fisher, que aparecen en "The Nation"; los de Waldo Frank, recientemente publicados por "The New Republic" con motivo de su viaje a Rusia, y los que escribe mensualmente en la revista "Current History" el profesor de la Universidad de Yale, Edgar Furniss, son fuentes que pueden tomarse como de información fidedigna, en virtud de la seriedad y desapasionamiento de sus autores. Si alguna parcialidad pudiese haber, ésta sería más bien contraria al experimento bolchevique, pues la mayor parte de los referidos autores se encuentran más o menos ligados con intereses capitalistas. Ahora, entremos en materia.

Según la teoría socialista generalmente aceptada con anterioridad al triunfo del movimiento bolchevique, se opinaba que la revolución proletaria debería estallar en aquel país dotado de la industria más perfeccionada, en el cual la civilización mecánica se encontrase más desarrollada y donde el obrero industrial constituyese la mayoría de la población. Así, pues, según esa tesis, que era la sustentada por los directores de la II Internacional, el proletariado no debía ni podía tratar de tomar el poder sin constituir la mayoría, y como corolario se sostenía que el proletariado que no llenase ese requisito, aun en el supuesto del triunfo político, no podría conservar el poder por no contar con los grupos suficientes de intelectuales y técnicos capaces de organizar la administración del país, y por lo tanto, estaría destinado a fracasar necesariamente. Se aducía la necesidad de formar natural y evolutivamente esos núcleos bajo el sistema capitalista, para luego apoderarse del poder.

Lenin y sus partidarios, desde antes de obtener el triunfo, rechazaban esa tesis, sosteniendo que si bien antiguamente, en los primeros períodos del capitalismo moderno, se analizaban las premisas de la revolución proletaria desde el punto de vista de la situación económica de tal o cual país aisladamente, en la etapa actual del desarrollo capitalista precisa estudiar el problema desde un punto de vista general de la economía mundial, puesto que, actualmente, los sistemas económicos nacionales no constituyen unidades aisladas, sino eslabones de la cadena de la economía mundial. Según Lenin, es necesario tomar en cuenta las condiciones objetivas de la revolución a través del sistema completo del imperialismo económico mundial como un todo, y si bien antiguamente podía considerarse

la revolución proletaria como el resultado exclusivo del desarrollo interno de un país determinado, actualmente precisa considerar dicha revolución como el resultado de las contradicciones que encierra el imperialismo. Así, pues, según Lenin, el capitalismo debía recibir su primera herida mortal, no en aquella nación en que la industria se encontrase más desarrollada, sino en aquella que constituyese el eslabón más débil de la cadena imperialista, pues la revolución debe ser el resultado del rompimiento de esa cadena en su punto más vulnerable.

Los hechos han demostrado que la tesis de Lenin, dentro de ciertas condiciones que pueden o no existir en los distintos países, es la justa como método de lucha política, pues fué en un país industrialmente atrasado, como Rusia, donde primero fué destruído el sistema capitalista, y el régimen Soviet tiene ya quince años de sostenerse en el poder sin perspectivas de derrumbarse. Sin embargo, creo que, desde el punto de vista de la posibilidad puramente económica de implantar el régimen socialista en toda su amplitud y de que éste funcione tersa y armónicamente una vez habiendo triunfado el movimiento político, las condiciones más favorables se encuentran en aquellos países dotados de un sistema industrial altamente desarrollado. Por ello es que el Gobierno Soviet, en lugar de simplemente llevar a cabo la nacionalización de los medios de producción y hacer funcionar la maquinaria industrial, se ha visto precisado a crear esa maquinaria. El bolchevismo se apoderó del poder primero, y ahora, por medio del Plan Quinquenal y de los planes que deben seguir a éste, trata de crear las condiciones favorables para el desenvolvimiento económico del socialismo. Por lo tanto, las dificultades con que lucha el Soviet ruso son distintas de las que podrían surgir en Estados Unidos, Alemania o Inglaterra si en cualquiera de esos países se instaurase el régimen socialista. En Rusia el problema fundamental del momento consiste en crear el engranaje industrial necesario; en Estados Unidos la cuestión sería simplemente hacer funcionar, bajo un plan económico y político distinto del que ahora rige, el engranaje ya existente.

Quando el movimiento bolcheviqui se apoderó del poder y estableció el Gobierno Soviet, en noviembre de 1917, no aparece de las leyes y decretos de la época que existiese el deseo de nacionalizar inmediatamente todas las ramas de la vida económica. Los bancos y sistemas de transportes fueron nacionalizados rápidamente y el comercio exterior fué monopolizado por el Gobierno, pero con respecto a la industria, por regla general, el Gobierno se abstuvo de llevar a cabo la transmisión de las fábricas particulares al control del Estado, habiéndose limitado a expedir distintos decretos concediendo amplios derechos de consulta y dirección a los comités obreros.

La primera ley agraria declaró al Estado propietario de todas las tierras, y los latifundios de la familia real, nobleza e Iglesia fueron confiscados, concediéndose a todos los miembros de la clase trabajadora el derecho de utilizar la tierra dentro de las limitaciones impuestas por las necesidades de las distintas regiones. De hecho, aun con anterioridad a esa ley, los campesinos se habían ya apoderado, por la fuerza, de grandes extensiones pertenecientes a los antiguos propietarios. En los albores del régimen comunista no hubo ningún intento serio de establecer el actual sistema de colectividades agrarias.

En la industria, el sistema que concedía una participación activa en la dirección de las fábricas a los obreros, fracasó, pues muy pocos propietarios se encontraban dispuestos a continuar operando sobre semejante base. Algunos abandonaron voluntariamente sus fábricas y otros fueron arrojados por los obreros. En vista de esa situación y por necesidades de defensa, el Estado se hizo cargo de su manejo. Para el verano de 1918, el Gobierno tenía ya bajo su control la mayor parte de las plantas industriales, lo cual fué hecho, en gran parte, como apremiante medida de guerra. La vida del Soviet se encontraba amenazada por la intervención extranjera y los ataques de los múltiples ejércitos blancos. La clase propietaria no simpatizaba, como es natural, con el régimen triunfante y se hizo precisa la nacionalización industrial en grande escala, para la cual el Gobierno no se encontraba económicamente preparado, como medida necesaria para limitar las posibilidades de traición y sabotaje.

El primer germen del actual sistema de planificación económica se encuentra en la institución creada en febrero de 1920 con el nombre de Comisión del Estado para la Planificación de Rusia. En diciembre del mismo año esa Comisión propuso que el país fuese dividido en zonas económicas y llegó a la conclusión de que el mejor medio para intensificar, reorganizar y racionalizar el trabajo consistía en la electrificación del país. La idea fué entusiastamente recibida por Lenin, quien siempre había opinado que el aprovechamiento de la energía eléctrica bajo el control socializado llenaría el doble objeto de facilitar la introducción de la forma socialista de organización y subsanar el atraso técnico de Rusia. Esas ideas sirvieron de guía en muchos puntos para la redacción del actual Plan Quinquenal, pero las circunstancias del momento no eran entonces favorables para la realización de un plan económico en tan amplia escala.

Sería difícil describir la ruina económica de Rusia después de más de seis años de constantes luchas internacionales e intestinas. La producción industrial había disminuído a un 15% de las cifras de 1913, y la explotación de algunas industrias metalúrgicas había descendido a un 2% de ese nivel. La producción agrícola había disminuído en un 45%, y la sequía de 1921, combinada con el agota-

miento de las reservas alimenticias, trajo consigo un período de hambre general. Debido a la carencia de alimentos en las ciudades, hubo un éxodo hacia el campo y la clase trabajadora se encontraba diseminada en forma desordenada a través de todo el país. Durante ese período de guerra civil fué imposible establecer una coordinación entre la industria y el campo. La industria funcionaba para abastecer a los ejércitos rojos y para satisfacer las necesidades de las ciudades hambrientas, las autoridades se vieron obligadas a obtener los productos del campo por medio de la fuerza, lo cual ocasionó serios trastornos y una disminución de las cosechas.

La rebelión del Kronstadt y la agitación de los distritos rurales convenció a los gobernantes de la necesidad de llevar a cabo un cambio de frente. En marzo de 1921, Lenin expuso ante el Décimo Congreso del Partido Comunista los lineamientos de lo que se ha llamado la N. E. P., o nueva política económica, que implicó una retirada estratégica. La N. E. P. fué una tregua, una transacción, un término medio entre el socialismo y el capitalismo. Hasta los observadores más perspicaces, como Walter Duranty, consideraron que el plan de acción socialista había fracasado.

En vez de las confiscaciones de los productos agrícolas se estableció un impuesto en especie y más tarde en efectivo. Se creó un estímulo individualista al restablecer la libertad de comercio interior. Se llevó a cabo la estabilización nacional del rublo; los establecimientos particulares de comercio, abolidos durante la primera fase del régimen, volvieron a abrir sus puertas; los mercados privados, que hasta entonces habían llevado una vida precaria y subrepticia, principiaron a florecer, y los pequeños comerciantes y especuladores aparecieron de nuevo.

Sin embargo, el Estado retuvo el control de las industrias principales. Ante la imposibilidad de crear un sistema altamente centralizado para organizar el funcionamiento industrial, se dividieron las fábricas en grupos que fueron puestos bajo la dirección de "trusts" del Estado, independientes entre sí y con un sùmmum de autonomía propia y de responsabilidad.

Bajo la triple influencia de la terminación de las guerras, de la N. E. P. y de las buenas cosechas correspondientes a los años de 1922 y 1923, la vida de la Unión Soviética entró en franca mejoría.

Según dije hace un momento, la instauración de la N. E. P. fué interpretada por individuos y gobiernos extranjeros como un retroceso definitivo hacia el capitalismo. Los años demostraron el error de esa creencia, pues las limitaciones impuestas a la empresa privada fueron de mayor importancia que las concesiones, en virtud de que el Estado había retenido el control de la industria, transportes,

bancos y monopolio del comercio extranjero. La influencia de los comerciantes particulares se encontraba restringida al comercio en pequeño, del cual fueron gradualmente desalojados conforme al sistema cooperativo, que, patrocinado y fomentado por el Estado, adquirió incremento.

En lo concerniente al problema agrario, el sistema de la N. E. P., a pesar de conceder cierta latitud al desarrollo del individualismo, impuso, por otro lado, serias limitaciones consistentes en la prohibición de compra y venta de tierras, impuestos progresivos y otras restricciones encauzadas a impedir el desarrollo de una nueva casta de propietarios poderosos.

Uno de los primeros síntomas indicativos de que el Soviet preparaba ya un plan concreto de organización en grande escala sobre bases exclusivamente socialistas, fue la publicación, en 1925, de las cifras de control para 1926, según las cuales se señalaban determinados proyectos en materia de producción industrial, inversión de capital en la agricultura, transportes, industrias, electrificación, fijación de precios, costo de producción, etc.

Una vez reconquistado el nivel de 1913, en la industria y la agricultura, el Gobierno consideró que había llegado el momento para iniciar la ofensiva hacia la completa socialización. En 1926 se formuló un plan que debería cubrir hasta 1931, calculado sobre la base de un progreso moderado en la industria y la agricultura. Ese plan fué pronto descartado y sustituido por el actual de octubre de 1928 a septiembre de 1933, que consiste en un programa de ampliación y perfeccionamiento rapidísimo del aparato de producción de la economía nacional. Tres son los objetivos del plan: la creación de la gran industria, la electrificación del país y la colectivización agraria. Para examinar comprensivamente el Plan Quinquenal, es necesario dividir su estudio en dos partes: la primera, de 1928 a principios de 1932, y la segunda, de entonces al día. Refirámonos a la primera parte.

El proceso de industrialización hasta principios de este año exigió que la mayor parte del trabajo se utilizase en el desarrollo de los medios de producción necesarios para la construcción y armamento técnico de las fábricas y no para la elaboración de los artículos de consumo para el pueblo. Todavía hasta el curso del año pasado, más del treinta por ciento de la producción total no fué consumido, sino acumulado para la ampliación del sistema de producción.

Psicológicamente, el Plan Quinquenal ha revestido el carácter de una época de guerra, de intenso esfuerzo y sacrificio, de intolerancia para los adversarios y de entusiasmo fanático avivado por una intensa propaganda.

Sería un error el creer que el presente plan se inició con la idea de que a su terminación Rusia alcanzaría el milenio. Desde el principio se pensó en continuarlo con otro y otros subsiguientes, preparados de acuerdo con la experiencia de los anteriores. Ya la prensa de la semana pasada nos informa de los preparativos que se inician para los estudios del próximo plan.

Siendo la planificación el elemento principal de la vida económica rusa en la actualidad, el Gosplan o Comisión Planificadora del Estado ha obtenido una importancia máxima entre las instituciones soviéticas, pues es ésta la organización que formula los planes determinantes del desarrollo económico del país. El material que sirve de base al Gosplan para el estudio de sus proyectos le es proporcionado por los distintos departamentos del Gobierno, las empresas industriales, las granjas del Estado y las colectivas agrarias, así como otras instituciones y organizaciones.

El Gosplan cuenta con una Mesa Directiva de veintidós miembros llamada Presidium, designados por el Gobierno, y el director del Presidium desempeña el puesto de vicepresidente de la Unión Soviética. El Gosplan incluye once departamentos:

1. El departamento de la energía eléctrica, que tiene a su cargo el estudio de los recursos y posibilidades de fuerza motriz y prepara los proyectos para su explotación.

2. El departamento industrial, que estudia las posibilidades de la producción. Se encuentra dividido en varias secciones especializadas en las distintas industrias: textiles, metalúrgicas, químicas, etc.

3. El departamento de agricultura, que prepara los planos para las siembras, distribución de semillas y abono y dirección general de las granjas de Estado y colectivas.

4. La sección de construcciones, que tiene a su cargo el estudio de los planos generales de edificación para las nuevas ciudades industriales y la construcción de las habitaciones necesarias para satisfacer las necesidades obreras.

5. El departamento de comunicación y transportes, que se encarga del desarrollo ferrocarrilero, postal, telegráfico y telefónico.

6. El departamento de distribución y consumo, que vela por el desarrollo de las organizaciones cooperativas de consumidores; proyecta la distribución de las mercancías y estudia sus problemas inherentes, tales como la construcción de plantas de refrigeración, etc.

7. El departamento de trabajo, que calcula las necesidades del trabajo técnico y establece escuelas para el entrenamiento de inge-

nieros y expertos, así como para el perfeccionamiento técnico de los obreros. Igualmente, tiene a su cargo ese departamento el estudio de los problemas relacionados con los salarios, seguros sociales, etc.

8. El departamento cultural, que estudia el desarrollo escolar y trata de elevar el nivel intelectual de las masas por medio del cinematógrafo, radio, periódicos, bibliotecas, etc.

9. El departamento de ciencias, que procura intensificar las actividades e investigaciones científicas, principalmente en relación con el estudio y explotación de los recursos naturales del país.

10. El departamento de economía y estadística, que concentra en sus manos la documentación estadística, que tan grande importancia reviste para el funcionamiento del plan.

11. El departamento de organización, que selecciona a los expertos y empleados del Gosplan, y sostiene una academia para el entrenamiento de sus futuros componentes.

En la actualidad el Gosplan cuenta con mil veinte empleados, de los cuales cuatrocientos setenta se encuentran clasificados como expertos. Para la creación de sus planes se sigue el siguiente procedimiento: cada fábrica o granja presenta un plan de producción al "trust" del Estado directamente responsable de su dirección. Cada "trust" desarrolla un plan propio sobre la base del conjunto de proyectos de las fábricas o granjas que le están subordinadas y lo entrega a una organización superior denominada "Unión". Existen distintas "Uniones" y cada una de ellas comprende a todos los "trusts" de determinada industria. Las "Uniones", a su vez, transmiten sus respectivos planes al Supremo Consejo de Economía, que ejercita una supervisión general sobre toda la industria y la agricultura. El consejo entonces presenta al Gosplan sus cifras de control para el desarrollo industrial y agrario del siguiente año. El Gosplan las sujeta a revisión, tratando de obtener el más elevado nivel de producción compatible con las materias primas y recursos financieros de que puede disponer el Estado.

El Plan Quinquenal de 1928 a 1933 fué redactado teniendo en perspectiva dos posibilidades: La de una realización máxima en cinco años o una mínima en seis. Según el máximo, la producción industrial debería alcanzar un 267% sobre la cifra de 1928 (la que a su vez constituía un 20% más de la producción de 1913). Según expresé ya anteriormente, dedicándose mayor atención a las industrias básicas de acero, carbón, petróleo, etc., con preferencia sobre la producción de los artículos de consumo. El rendimiento del trabajo debería aumentar un 110% según el máximo o 95% según el mínimo; el poder adquisitivo de los salarios debería subir un 66%

o un 53% como mínimo. El costo de la producción debería disminuir un 32 o un 35% como mínimo.

Con respecto al éxito que haya alcanzado el desarrollo del plan es imposible emitir una opinión categórica y general, debido precisamente a los muchos aspectos que comprende y especialmente con motivo del disloque surgido a principios del presente año.

En algunas de las industrias la producción alcanzó en tres años el máximo fijado. Por ejemplo, en el petróleo se alcanzó en dos años y medio la cifra fijada para cinco años, pues según el plan, la Unión Soviética debería producir, para 1933, 21.700,000 toneladas. Para marzo de 1931 se había alcanzado esa cifra y para principios de 1932 se producían más de 27.000,000 como promedio anual. Otras industrias aumentaron con gran rapidez, como la de construcciones mecánicas, la manufactura de tornillos, la industria electromecánica, la producción de energía eléctrica y la industria química. Otras, en cambio, como las de carbón y hierro, progresaron en proporción más lenta. Con respecto al año de 1931, el desarrollo total de la industria soviética presentó un aumento global de 24% con respecto al año anterior, que a su vez había aumentado un 24% con respecto al año de 1929.

En el tiempo que lleva de funcionar el plan, el mundo ha presenciado asombrado el nacimiento de fábricas verdaderamente gigantes. La planta de Novgorod, con una capacidad productora de 140,000 automóviles por año; la fábrica de Kharkov, con un posible rendimiento de 50,000 tractores anualmente; la de Sartov, de 20,000 trilladoras-segadoras al año; la formidable planta eléctrica del Dnieper, y especialmente la fábrica de Magnitogorsk, la planta metalúrgica más grande de Europa, con una capacidad anual de producción de 4.000,000 de toneladas de hierro vaciado. Cabe aquí indicar que, en vista de la falta de técnicos rusos, el Gobierno se ha visto precisado a utilizar los servicios de técnicos extranjeros. Las fábricas que acabo de mencionar son el resultado de la dirección técnica de ingenieros norteamericanos y alemanes; por ello es que el gobierno se esfuerza intensamente en la actualidad por formar técnicos rusos.

Lo anteriormente expuesto indica que la producción industrial ido en constante aumento a partir de la instauración del Plan Quinquenal. Muchos extranjeros se preguntan cómo se ha logrado ese aumento, habiendo sido suprimido el incentivo del lucro, que en el mundo capitalista es la fuerza impulsora del desarrollo de la actividad y energía. Para resolver el problema dejo la palabra al economista norteamericano Stuart Chase:

“Un análisis serio demuestra que existe una serie de incentivos

que sustituyen el de la posibilidad de crear un capital privado, y que prácticamente producen reacciones semejantes. En primer término, en lo que se refiere al obrero, puede decirse que en ninguna parte del mundo tiene el incentivo del lucro, puesto que sus esfuerzos se encuentran remunerados por un salario fijo y limitado. El lucro es el incentivo del director solamente. Entonces, ¿qué es lo que hace al director industrial en Rusia esforzarse por lograr un aumento de la producción, disminuir los costos e introducir una eficiencia mayor?"

"En primer lugar, el director, en lugar de encontrarse presionado por un grupo de accionistas, se encuentra presionado por un gobierno. Un gobierno que tiene los ojos de Argos, que se encuentra informado de todo por un gran número de estadísticas y por los miembros del Partido Comunista. Frecuentemente el director de una empresa es miembro del Partido, y entonces no necesita más que del fuego de la ambición que arde en el pecho de todo buen comunista. Ese fuego es algo que hay que ver para poder comprender, pues no existe nada semejante en los Estados Unidos ni en ninguna otra parte del mundo. Tendría uno que retroceder a los días de San Pablo o Mahoma para encontrar su paralelo. ¿Durará? Lo ignoro. Lo único que puedo decir es que después de arder durante más de diez años todavía asombra al observador. A ningún comunista le está permitido disfrutar de un sueldo mayor de 225 rublos mensuales—el equivalente de 112 dólares—. En cualquier momento del día o de la noche se le puede ordenar su traslado a un puesto industrial cerca del Pacífico, a las regiones árticas o al desierto. Y va sin protesta. Realmente, la naturaleza humana es algo más complicado que todas las doctrinas individualistas de la escuela manchesteriana."

Así se expresaba Stuart Chase en 1929, y en términos semejantes escribe Waldo Frank, en 1932, al relatar sus impresiones después de observar el espíritu de los trabajadores rusos.

Con respecto a la situación material de los obreros, el catedrático de Yale, Edgar Furniss, informa en el número del "Current History" correspondiente al mes de agosto, que el promedio de los salarios, que era de 702 rublos anuales en 1928, ascendió a 1.101 a fines de 1931, lo que significa un incremento de 56%, y que el programa para el presente año implica el aumento del promedio a 1,202, lo que significa un aumento de 70%. El día de siete horas de trabajo se aplica a las cuatro quintas partes de las industrias; hay otros beneficios para los obreros, que no pueden ser medidos exactamente en términos pecuniarios, tales como el seguro social, ayuda médica y otras formas del salario socializado, y no existe actualmente el problema de los sin trabajo, por la sencilla razón de que el Estado emplea todas las fuerzas productoras. Sin embargo, la carestía de artículos de primera necesidad y el problema de la falta de habitaciones creado con

motivo de la afluencia de trabajadores a las ciudades industriales, han sido obstáculos para llegar a obtener una franca mejoría de las clases obreras.

Pasemos ahora a bosquejar la situación agraria.

Todos sabemos que Rusia ha sido y continúa siendo una nación agrícola fundamentalmente.

El dominio tártaro sobre Rusia por más de dos siglos retuvo al país aislado del resto de Europa, segregándolo de toda influencia civilizadora y estableció un sistema bárbaramente autocrático. La liberación de Rusia del dominio tártaro fué un proceso gradual que tuvo como factores principales, la desorganización de la raza dominante y el incremento del poder militar ruso, a base de la opresión de los campesinos. Bajo el reinado de Iván el Terrible, a mediados del siglo XVI, se fortalecieron las bases autocráticas del Imperio Moscovita, habiendo provocado los tremendos abusos cometidos, la rebelión campesina encabezada por Stenka Razin, que ocasionó sangrientas represalias.

Durante el siglo XVII fueron remachadas las cadenas que ataban a los campesinos rusos, y para el siglo XVIII los siervos se encontraban reducidos a una verdadera esclavitud, en el sentido literal de la palabra, pues los terratenientes tenían poder de vida o muerte sobre ellos.

En 1861, Alejandro II concedió la libertad a más de 20.000.000 de siervos, pero tal medida no los favoreció en lo absoluto, pues les fueron asignadas las tierras más pobres, por las cuales tuvieron que pagar más de su valor. Esas tierras no se convirtieron realmente en propiedad de los campesinos, pues revistieron un carácter comunal de los pueblos llamados "Mir". La "Mir" distribuía periódicamente las tierras entre las familias en franjas largas y angostas. Era este un sistema que no brindaba aliciente para un cultivo progresista.

Cuando estalló la revolución de 1917, menos de 200.000 latifundistas eran propietarios de una tercera parte de la tierra cultivable en la Rusia europea, y ante ellos se encontraban diez y seis millones de familias campesinas hambrientas.

Los campesinos rápidamente se apoderaron de las propiedades de los antiguos terratenientes, y al hacerlo, se consideraron dueños de ellas. Lenin, por razones políticas del momento, no se atrevió a negarles el derecho de cultivarlas sobre bases individualistas. A pesar de la prohibición de compra y venta de tierras, al amparo de la N. E. P., la clase de "kulaks", o campesinos ricos, principió a desarrollarse. En 1927, el 95% de las tierras cultivables se encontraba en manos de campesinos individualistas.

El Plan Quinquenal se inició teniendo como finalidad en materia agrícola la colectivización en cinco años de un 22% de la población campesina. El proceso principió a desarrollarse gradualmente, pero, en enero de 1930, el gobierno de Stalin ordenó la rápida exterminación de los "kulaks" y un paso más acelerado en la colectivización, pues para continuar el desarrollo vertiginoso de la industrialización, se imponía una mayor producción agrícola. Para mayo de 1931 el 50% de la población campesina se encontraba ya organizado en granjas colectivas de centenares y miles de acres, junto a las cuales surgieron las gigantescas granjas del Estado de cien y hasta más de doscientos mil acres.

Las transformaciones introducidas en la organización agraria por el Plan Quinquenal revisten dos aspectos: uno jurídico y el otro de técnica de cultivo. Examinemos el primero.

Hasta 1928 el campesino personalmente decidía la cantidad de grano que plantaba y a quiénes y en qué cantidades vendía sus cosechas. Bajo el sistema de la colectivización se encontraron con la obligación de plantar de acuerdo con instrucciones determinadas y vender al Estado a los precios fijados por éste.

La granja colectiva se encuentra bajo la dirección de una organización elegida por sus componentes. Esa organización, a su vez, se encuentra controlada por el comisario de agricultura a través de un sistema de centralización. Al fin de cada año se hace en cada granja una distribución de las ganancias después de la deducción de gastos.

La transformación técnica ha consistido en la sustitución del arado arcaico por el tractor y las trilladoras-segadoras modernas. Esa revolución técnica se encuentra necesariamente en pañales, pues los ciento y tantos mil tractores que funcionaron el año pasado, tan sólo pudieron cubrir una fracción del trabajo necesario. Ni uno solo de esos tractores constituye propiedad individual y pocos pertenecen a las granjas colectivas. Las enormes granjas que se encuentran bajo el control directo del Estado y en las que el sistema de trabajo es el de salarios fijos como en la industria, son las que tienen el mayor porcentaje de tractores. El trabajo mecánico en las colectivas se hace en parte por medio de contratos con las estaciones de tractores, que se encuentran situadas en la proximidad de distintas colectivas, a las que envían grupos de tractores conforme lo exigen las necesidades.

El año pasado existían 1,900 de esas estaciones.

En general puede decirse que al igual que la industria, el sistema de colectividades agrarias, desde el punto de vista del desarrollo de la agricultura, ha sido un éxito. En octubre de 1930 la cosecha fué superior en un 20% a la del año anterior.

El presente año ha sido crítico en el desarrollo del Plan Quinquenal. Para comprender la situación que ha surgido es preciso no perder de vista que los Soviets necesitan exportar una gran cantidad de cereales al extranjero con el fin de poder comprar la maquinaria necesaria para llevar a cabo su programa de industrialización. A esa pesada carga, que naturalmente se halla sobre las espaldas de los campesinos, hay que añadir el abastecimiento de la población urbana que, con motivo de la creciente industrialización, ha estado aumentando a razón de 5.000,000 de personas por año. El Gobierno, para satisfacer esas necesidades, compraba directamente de las colectivas y a bajos precios la casi totalidad de sus cosechas.

Ahora bien, en 1930 se sembraron en la Unión Soviética 98.500,000 hectáreas, y en 1931, 104.500,000, lo cual puede considerarse como un triunfo de los métodos de colectivización; pero intervino el mal tiempo: cinco grandes regiones se vieron azotadas por la sequía, y la cosecha de 1931 fué inferior a la de 1930. A pesar de ello, el Gobierno cometió la torpeza de adquirir de los campesinos, en 1931, una cantidad mayor de cereales que la obtenida en el año anterior, y en tanto que en 1930 fueron exportadas 4.768,000 toneladas, en 1931 salieron de Rusia 5.058,000 toneladas.

El resultado ha sido una escasez de alimentos. La situación ha demostrado que la práctica del Estado de adquirir la casi totalidad de las cosechas de las colectivas, es contraria a sus propios intereses.

El decreto de mayo del presente año fué expedido con el objeto de tratar de mejorar la situación. De acuerdo con ese decreto, una proporción mayor de los productos agrícolas quedarán en manos de los campesinos, con el fin de que ellos puedan vender en el mercado permitido para ese objeto. Hasta esa fecha el Estado se había encargado de abastecer de cereales a las ciudades. Actualmente queda permitido a las colectivas el contratar directamente con las empresas industriales y otras organizaciones urbanas, y con el fin de facilitar las transacciones, el Gobierno ha decidido disminuir el desarrollo de la gran industria y dedicar mayor atención a las industrias pequeñas, de manera que colectivas y fábricas puedan llevar a cabo el trueque de artículos industriales de primera necesidad por productos agrícolas. La intención ha sido la de aumentar durante el curso de este año la manufactura de artículos misceláneos de primera necesidad, como zapatos, hilados y tejidos, en un 30%.

El Gobierno, naturalmente, ha retenido el monopolio de la exportación de cereales, para lo cual tiene la intención de abastecerse principalmente de las granjas del Estado. Estas produjeron en 1931 1.700,000 toneladas, y según el plan, para este año deberán producir 2.474,000 toneladas.

En muchas partes se ha considerado que el decreto de mayo

constituye una regresión al capitalismo. A mi manera de ver, esto es un error, pues no existe nada de antisocialista en esa forma de comercio directo entre organizaciones urbanas y campesinas. Sin embargo, reconozco que existe el peligro de que aparezcan de nuevo el intermediario y el especulador. Los esfuerzos del Estado, naturalmente, tratarán de impedirlo.

Tal es, a grandes rasgos, la organización económica de la Rusia actual.

Uno de los hombres públicos de mayor relieve en Inglaterra, Sidney Webb, actualmente Lord Passfield, acaba de regresar a su país después de un viaje a Rusia, y al narrar sus impresiones, que constituyen un verdadero panegírico de la economía soviética, escribe como conclusión:

“Solamente cuando el total de la producción y de la distribución se lleve a cabo por los representantes de los consumidores, podrá asegurarse un bienestar colectivo y evitar las crisis del sistema capitalista, que no podrán ser evitadas por ningún esfuerzo de las organizaciones sindicales dentro de la organización capitalista.”

A esa conclusión llega a los setenta años quien, durante toda su vida, fué uno de los máximos exponentes del movimiento sindical inglés.

Como conclusión, puede decirse que después de varios años de funcionar el Plan Quinquenal, éste reviste aún numerosas imperfecciones; sin embargo, ningún crítico desapasionado podría sostener que la situación actualmente podría ser mejor si no existiese ningún plan. A mi manera de ver, las dificultades con que ha tropezado la Unión Soviética se han debido, no a defectos intrínsecos de la organización económica socialista, sino a los graves contratiempos que necesariamente tiene que presentar la rápida industrialización de un país agrario.

Es indudable que los Estados socialistas del futuro podrán derivar grandes enseñanzas del experimento ruso, modificando sus errores, evitando sus lagunas y aprovechando sus éxitos.